

ENCONTRAR, VENDER, COMPRAR

“Se ha muerto un pueblo/ pero el hombre no se ha muerto” (León Felipe).

Asistimos a la muerte de algunos pueblos. Queda salvar al hombre. En la muerte de los pueblos se han empeñado muchos iluminados. Parece que ellos, en lugar de pedir a Dios la sabiduría, el saber distinguir entre el bien y el mal, como Salomón, hubiesen pedido el saber confundir el bien y el mal. Y así se empeñaron en legislaciones estúpidas y nocivas que dividieron más que unieron, que corrompieron a sus mismos artífices y provocaron más muerte que vida.

Por eso, es tiempo de salvar al hombre. Sólo salvando al hombre se regenerarán los pueblos. ¿Cómo salvarlo?

El mismo León Felipe invita a buscar la solución más arriba y más adentro. “No preguntéis a los loqueros-relojeros... No preguntéis al estratega, ni preguntéis al dialéctico. **Mirad, mirad al cielo**”.

Cuando en el horizonte aparecen nubarrones tan oscuros y contrarios, que no sabemos si parirán granizo o fuego, hay que mirar también adentro. Al corazón. Y ahí elegir el propio ejército.

El Evangelio propone a todos tres palabras, tres acciones, las del título: encontrar, vender, comprar.

Cuando el corazón anda dividido, disperso, que va de acá para allá sin reposo, sin alegría y sin acierto, se trata de **encontrar el propio tesoro**, aquello por lo que vale la pena trabajar y vivir y desvivirse. “**Encontrar un amante**”, decía un médico a sus pacientes, enfermos del alma. Y **un amado**, añadido yo. Alguien o algo que entusiasma, que unifica la vida y por quien vale la pena hasta perderla. San Pablo y con él otros muchos supieron encontrar ese tesoro: “para mí, el vivir es Cristo. Todo lo considero basura con tal de conseguir a Cristo”. ¿Buscarán a Cristo todos los que trabajan con tanto entusiasmo por la JMJ? (Jornada Mundial de la Juventud). ¿Es ese el objetivo al que se pretende servir trayendo a tantos jóvenes a Madrid?

Claro que quien encuentra el tesoro, **ha de vender muchas posesiones –todas- para adquirirlo**: “ve, vende lo que tienes, dáselo a los pobres y, después, ven y sígueme”. La seducción actual de las múltiples ofertas y bagatelas de nuestra sociedad consumista actúan en contra de la exhortación de Jesús. No es irrelevante que se trate de **un solo tesoro y de una única perla**. El Reino de Dios hay que entenderlo y acogerlo de tal modo que todo lo demás palidece; no se trata de renunciar a nada, sino de satisfacer plenamente las aspiraciones humanas en el “único necesario”.

Y comprar ese único necesario. Soñar, despertar, trabajar para ese objetivo marcado con fuego en el propio corazón y en la propia piel. Sólo así renace el hombre. Y sólo así, cuando muchos renazcan, se regenerarán los pueblos.

JOSÉ MARÍA YAGÜE